

Miguel Mosquera Paans

iCHIHUAHUA!

EC.O
EdicionesCivicas.O

Por la carretera desierta rompía el silencio el zumbido de un deportivo último modelo, por supuesto, descapotable y de vivo color carmesí. El conductor manejaba el vehículo absorto en el portentoso paisaje de antiguas y redondeadas montañas de las que, desde tiempos pretéritos, se había extraído pizarra primero y wolframio mucho más tarde, y que en la distancia simulaban caprichosas e interminables escaleras ascendiendo al cielo.

El piloto ajustaba la marcha concentrado en no rebasar los cien kilómetros por hora de límite marcado para subir la empinada ruta de O Paraño cuando, en el tramo más alto, se encontró embocado en un trazado entrecortado en la roca madre.

Luego inició el descenso. Dejó atrás As Antas, A Ermida y, en mitad de una larga recta, dobló a la izquierda hacia el pueblo de Beariz, la cuna de sus antepasados, por una calzada local que se encontraba aún más deshabitada que la carretera nacional que acababa de abandonar y que unía Orense con Pontevedra.

A partir de ahí, a Beny le tocó reducir la velocidad por el sinuoso camino flanqueado por una densa cortina de pinos que impedía intuir cualquier otro vehículo en sentido contrario.

Ya había estado allí en dos ocasiones anteriores. La primera era una nebulosa de difuminados recuerdos gravados a los ocho años. Llegó en compañía de sus progenitores para asistir a la boda de un primo de su

padre que, como exigían los cánones, celebró sus esponsales en la sempiterna aldea. Ahí conoció a sus más cercanos o lejanos primos y tíos, y el verdor inolvidable de una tierra que exhalaba hospitalidad, estirpe, familiaridad y sangre desde todos sus rincones.

Este aspecto se revalidaba en el estrecho vínculo que unía tanto a los habitantes de la aldehuela como a la diáspora ya que, por mucho que se ausentaran, siempre regresaban, aunque sólo fuera con ocasión de rendir el último adiós al camposanto del pueblo, sin importar el lugar donde la muerte los sorprendiera.

Bastaba la somera lectura de las lápidas del cementerio parroquial para percibir cómo una lista cerrada de apellidos se yuxtaponían solapándose entre el mármol de una suerte de estelas, algunas exiguas y ampulosas otras, donde alternaba con la muerte una parentela de ricos y pobres que durante siglos se había encerrado en un caparazón de aislamiento geográfico y consanguíneo que los hacía compartir facciones y estilos con una proximidad rayana en la genética del mellizo.

En aquellos parajes parapetados por montañas tapizadas de fronda y pasto había fundado su ciudad, en plena Alta Edad Media, el rey suevo Bearico, perpetuando un linaje basado en la más antediluviana endogamia para conjurar, como sostiene la leyenda, la maldición de la sangre que procreaba hijos con taras a partir del primogénito, si no se observaba el precepto de no mezclarse con ninguna otra tribu.

En mitad de una tarde calurosa, con el sol resplandeciendo amable sobre aquella arcaica nación, Beny fantaseaba con la posibilidad de que su casta de los lejanos Montero estuviera de algún modo entroncada con

el linaje real de Bearico. Embobado, cortaba las pequeñas nubes de algodón que flotaban en el firmamento con una imaginaria espada, símbolo inequívoco de su presumida alcurnia aristocrática.

En el momento en el que un pino quejumbroso dejaba caer al vacío una piña, salió de su ensueño para centrar su atención en el volante y, acto seguido, recordar la segunda ocasión en que pisara el suelo de sus mayores.

Por aquellas fechas, Beny era ya un mozalbete de diecisiete años que llegó con su padre para darse un baño de multitudes con motivo de una reunión de hermanos, primos y demás parientes dispersos en la emigración, que un buen día decidieron homenajearse aprovechando una cena en la que poder alardear de sus respectivos éxitos en la vida.

El menos horterera exhibía en la pechera un collar de oro del tamaño de una correa de perro y en sus dedos, un rosario de descomunales anillos de oro macizo. Ninguno ocultaba que en sus “hacienditas” habían ordenado instalar grifos del brillante metal.

Todo eso en México, claro, tierra en la que Beny emitió el primer berrido después de que el ginecólogo que asistió a su madre en el parto le propinara el acostumbrado azote en las nalgas para que respirara.

El nene nació concretamente en Ciudad Juárez, en el estado de Chihuahua, adonde emigró su abuelo desde Galicia logrando amasar una fortuna que le permitió hacerse con la propiedad de la hacienda La Cuerna, en la que una legión de campesinos indígenas descamisados producían caña en jornales demoleedores, prácticamente por un plato de comida y un techo en un rancho anexo a la heredad.

Pero el motivo de este tercer viaje a España era muy distinto al de las ocasiones anteriores: el zagal llegaba con el propósito de encontrarse con la joven a la que desposaría.

También este hecho estaba marcado por la costumbre: era habitual no contraer esponsales con mujeres mexicanas, ni aun siendo descendientes de españoles. La pureza de la raza se aseguraba importando esposas de la vieja patria española para que, en ningún momento, se pudiera colar ni una sola gota sospechosa del mínimo desliz con sangre india que, por lo demás, era despreciada y todos los vicios y pecados del mundo se le atribuían a ella.

Para muchos pudientes de pro asentados en México, la penuria económica en la que vivían los indígenas era directamente proporcional a su ociosidad y falta de iniciativa. El indio carecía en muchos aspectos de inteligencia e incluso era dudosa, en un análisis somero, su pertenencia con todos los derechos a la especie humana, presumiéndosele algo sospechoso y subliminal entre el ser humano completo y el antropoide potencial.

Si no, ¿cómo se podría justificar y sustentar la explotación con la que se cebaban en los nativos para lograr enriquecerse?

Era obvio que, si los ascendientes de Beny hubieran oído hablar de Fray Bartolomé de las Casas, en el mejor de los casos habrían pensado que se trataba de un chiflado que tuvo la osadía de afirmar que aquellas gentes no eran animales sino que tenían alma y, por lo tanto, no podían ser objeto de esclavitud.

Pero todo eso eran problemas menores que al mejicano poco le importaban. Había viajado con el firme

empeño de recoger a una muchacha lo suficientemente atractiva como para poder mostrarla en público sin avergonzarse y, a su juicio o el de sus padres, lo bastante estúpida como para poder manejarla. Y llegado el caso, someterla a voluntad sin demasiadas contemplaciones, consagrándola a la beatífica misión de proporcionarle un buen manajo de sanos descendientes.

Y garantizada la salubre prole, ya se encargaría de mantenerla en un pedestal de respetabilidad mientras él se entretenía con su novia, la querida, el “asuntito” o como demonios quisieran llamarlo. Esto, aunque no estaba expresamente estipulado, también era tácitamente asumido por la tradición.

Los arcones se mostraban más despejados. Ahora los árboles se sustituían por cierres de piedra enrejada o de tela metálica que cercaban tierras de labor custodiadas por canes que anunciaban la presencia del intruso con ladridos cansinos repetidos de perro en perro y de finca en finca como si de un eco se tratara. Al final del recorrido y, tras el cartel indicador que lo situaba ya en la patria chica de sus abuelos, aparecieron a la vista las primeras edificaciones.

El juarense venía lleno de certezas. En el fondo, sólo se trataba del puro formalismo de conocerse, ser lo suficientemente simpático, engatusar a la incauta y llevársela de vuelta a Chihuahua. Allí ya la pondrían en vereda la presión de su familia unida al aislamiento en relación con su entorno. El procedimiento se ajustaba también a las más atávicas costumbres, por no decir que era puro folclore.

El viajero detuvo el vehículo en el punto justo donde le pareció reconocer la pequeña vivienda de su

futura prometida. Hacía tiempo que estaban en contacto por email y María le había enviado distintas fotografías suyas, de sus padres, de su casa y de la mascota Pocholo, un indescrptible experimento genético consecuencia de un cruce interminable entre los distintos perros que vagaban sueltos por la población y que dio como resultado un can tan deforme que inspiraba lástima por su fealdad.

María era una joven más de la población, ni exuberante ni fea. Su padre había heredado del suyo y de su abuelo el oficio de carpintero, dedicándose las más de las veces a preparar las estructuras de los tejados de cada edificio que fuera necesario tejar o retejar. Prácticamente todos los techos del pueblo llevaban su firma. El señor Luciano tenía un sueldo aceptable que, unido al de su mujer que trabajaba en un supermercado, les permitía vivir con relativa comodidad. Desde luego, nada que ver con la lluvia de millones que sudaba por los poros el papá de Beny, pero no podía decirse que en su entorno fuera ningún pobre.

Al percatarse de la presencia de aquel formidable deportivo estacionando ante su puerta, el futuro suegro del indiano salió con los brazos abiertos para dar la bienvenida al que estaba más que dispuesto a mezclar su sangre con la de su hija.

—¡Querido Pancho! —se precipitó en un emotivo abrazo el gallego—. Veo que no has tenido problema ninguno para llegar.

—¡Pancho no: Poncho! — corrigió con recelo—. En realidad ése es mi hipocorístico, todo viene de un saco que usaba para dormir, pero es una larga historia...

Beny se mostró contrariado por el calificativo, llamarle por el apelativo de Pancho para él rayaba la ofensa. Pancho era nombre de indígena y él era de la más pura sangre española. Para ser exactos, su verdadero nombre era José Benito Pérez López, hecho que no escatimó en argumentar a su suegro, incluso alardeó de pedigrí vanagloriándose de ser de la familia de los Montero, los de la Casa Grande del Valle de Arriba.

Al señor Luciano todo aquello le sonaba a chino. Haciendo recuento del vecindario jamás había oído hablar de los Montero, tal es así que, en un rápido recorrido por su mapa mental, no recordaba ninguna Casa Grande ni Valle de Arriba, y eso que el carpintero llevaba viviendo ahí toda su vida; la única vez que se alejó fue para ir a Zamora a hacer el servicio militar.

Además, resultaba casi imposible encontrar en toda la población una edificación que él no hubiera techado, por lo que cualquier casa grande le supondría la doble referencia del tamaño y también de ingresos superiores por el tiempo de trabajo en comparación con cualquier otra vivienda.

¿Pero qué más daba? Aquella alusión al supuesto abolengo sería algún capricho de niñato mimado. Y a fin de cuentas, le traía sin cuidado su árbol genealógico. Lo fundamental era que si la relación de su hija con aquel potentado prosperaba hasta el matrimonio, tendría más que asegurado su sustento sin tener que volver a dar un palo al agua en su vida.

El carpintero se recreaba pensando en largas tardes jugando la partida de naipes en el bar, fumando los puros más grandes que jamás se hubieran visto en la cantina y saboreando copas del mejor licor a cuenta de su

compadre. No tendría que luchar con la dicotomía de los presupuestos, ni aguantar el tórrido calor del verano cuando la demanda de colocación de tejados se disparaba, o la precaria posición en la que tenía que desarrollar su oficio, amenazado siempre desde los andamios por el fantasma del vértigo.

De modo que, si Pancho quería ser Poncho, ¡estupendo! ¡Y si le daba la gana de ser de la casa que le apeteciera, pues magnífico! ¿Para qué iba a contrariar a semejante mirlo blanco?

Mientras el pretendiente se empleaba a fondo con temas recurrentes como el clima para ganarse la simpatía de su futuro pariente, el maestro de obras clamaba a la corte celestial para que su hija apareciera de una vez y se llevara al molesto moscardón que con tanta verborrea le impedía concentrarse en la tarea de conjugar el pretérito pluscuamperfecto del verbo “dólar” o cualquier otra divisa con la que estuviera dispuesto a agasajarle el opulento mancebo.

Como caída del cielo, María hizo acto de presencia. Con rostro ingenuo, salió hacia el portón de la verja dando saltitos aniñados, atusándose el cabello con una mano y haciendo ademán de adecentar el vestido con la otra. Se abalanzó al cuello del ansiado galán y le plantó un beso en la mejilla tan sonoro como inocente.

El juarense dio un rápido repaso a la prometedora joven: una hermosa cabellera castaña caía en cascada sobre su espalda entretanto ella jugueteaba con un rizo entre los dedos. En su rostro, las trazas de unos mofletes denunciaban la pubertad recientemente abandonada.

Él observaba con admiración su pálido semblante, genuinamente blanco, al tiempo que se frotaba las manos

entonando en su mente la satisfacción por la autenticidad de aquella piel cuyo tono casi níveo garantizaba la ambicionada pureza racial que esperaba para sus descendientes.

Pero si había un rasgo que dominaba aquel rostro que aún conservaba alguna peca infantil, eran las largas pestañas en forma de capota que protegían unos enormes ojos del color de las esmeraldas y unos sugerentes labios carnosos que prometían besos tan cargados de ternura como de probable erotismo.

Por lo demás, se veía a María equilibradamente desarrollada aunque, siendo franco, más flaca que la idea que había sacado de las fotos del correo. Pero aquello tampoco era relevante: ya rellenaría su futura suegra los espacios que él consideraba vacuos con grasientos asados o con melosos postres y terminaría siendo tan rolliza como su futuro marido demandase. Esta práctica también entraba dentro de la más pura usanza.

La cortejada dio un repaso de arriba abajo al príncipe azul venido allende los mares para coronarla reina en una poderosa hacienda que, a juzgar por las fotografías, tenía dimensiones tan desproporcionadas que toda la casa de sus padres no ocupaban mucha más superficie que el vestidor del dormitorio principal.

Para la gallega, rozando lo secundario, Beny era un pretendiente aceptable aunque no demasiado alto, de un metro sesenta de estatura a ojo de buen cubero. De nariz algo gruesa y con ojos de color miel, algo pequeños quizá pero lo bastante despiertos. El zagal lucía una espesa cabellera bicolor, castaño claro en la cima de la sesera entremezclado con rubio ceniza a los lados simulando unas sugerentes canas.

Pero eso sí, bien provisto de bello en los brazos y, a juzgar por lo que dejaba entrever a través de la camisa desabrochada de manera informal, evidenciaba ser un hombre de pelo en pecho.

El resto de sus facciones no eran dignas de mención sino más bien ordinarias, aunque llamaba la atención la espesa mancha de color casi azulado que ocupaba el espacio del bigote completamente rasurado, aunque en el resto de la cara no se apreciaba ni rastro de barba. Y por supuesto el intenso color oscuro de su piel, que a María le recordó al de los parias de la India que había visto en un documental de la BBC.

Una vez valorados estos rasgos y como más tarde comprobaría, a excepción de su apariencia barbilampiña, su piel oscura y la baja estatura, el pretendiente era el vivo retrato de su padre.

¡Ah, pero el coche! ¡Vaya carruaje que se gastaba su futuro prometido! Sin saberlo, por los mismos derroteros andaban en aquel momento padre e hija: sólo el coche era ya de por sí más que suficiente para que uno consintiera sin reparo y la otra se rindiera al “sí, quiero” sin dudar.

El latinoamericano hizo su última apreciación antes de entrar invitado en la vivienda de la que ya había valorado como válida madre de sus vástagos. Desde luego no poseía su abolengo, dinero ni apellido. Para él no dejaban de ser unos campesinos acomodados pero, a carta cabal, era una española de pies a cabeza, la mujer perfecta para perpetuar su estirpe sin plantear la más mínima incertidumbre de legitimidad racial.

Y por lo demás, qué importaba si la moza lucía mejor o peor. Lo fundamental era que en México pariría hijitos suyos que mantendrían la distancia justificable con

aquellos indios pendejos que eran unos vagos y no servían ni para chingar.

—Vamos Pancho —invitó la homenajeadá—, ven a tomar una cerveza. Con este calor seguro que te apetece.

—¡Pancho no, María, me llaman Poncho! —increpó el juarense indignado de que la más alejada sombra que atufara a indígena le rozara siquiera —. Poncho... de la familia de los Montero...

—Oh, vamos, no te ofendas, Poncho —cortó en seco el señor Luciano que veía acercarse otra vez el discursito del ignoto abolengo del millonario—. La muchacha está tan contenta de que al fin estés aquí que confunde las palabras.

El gallego perdonó la pedantería del candidato a yerno por lo bien provisto que lo veía. A fin de cuentas, ¿qué más daba que fuera de la familia de los Montero o de los Montaña? Con semejante deportivo, ¿realmente a quién le preocupaba su ascendencia?

Ya en el interior, el recién llegado presentó sus respetos al que iba a ser su padre político sin escatimar elogios a María, a quien estaba convencido de tener completamente camelada.

—¡Querido suegro, qué gusto me da verlo al fin! ¡Y qué linda está María! —exclamó Beny cerrando en tenaza su maniobra—. Ahorita mismo vendrán mis papás que quedaron atrás para alcanzarme otro carro con el que pueda regresar al chalet del pueblo, ya que este auto que dejo aquí estacionado es para que lo maneje usted todo cuanto quiera.

A Luciano le temblaron las piernas persuadido de que le había tocado la lotería. Su futuro yerno no le parecía tener demasiadas luces, incluso después de la

primera inspección le pareció que le faltaba algún hervor, pero tampoco se iba a perder por vericuetos ni detalles intrascendentes cuando aquel regalo de Dios le caía del cielo: todo un hermoso deportivo para él solito.

Y si las cosas salían bien, no sólo lo llenarían de dinero y no tendría que seguir manteniendo a aquella cría del diablo que tenía tanto capricho que parecía hija de rico, sino que además perdería de vista, al menos durante prudentes períodos, su estupidez supina, y de paso a la madre, en la que albergaba la esperanza de que se desplazara en prolongadas temporadas a suelo azteca para cuidar a su adorado retoño, en tanto él podía ejercer de Rodríguez sin presión ni remordimientos.

No es que el carpintero no quisiera a María, que la quería, pero con frecuencia le sacaba de quicio aguantar sus tonterías. Aunque si había algo que realmente le trastornaba era el continuo rumor que pregonaban por lo bajo en los mentideros de la aldea afirmando que la zagala parecía estar en un punto de sazón tal, que si fuera vaca habría que llevarla a cubrir. O la habladuría de su insaciable interés por conocer alguna parte de la anatomía masculina que, por el pudor propio de una población tan escasa y emparentada, los mozos procuraban exhortar argumentando todo tipo de excusas.

De modo que si le descargaban de aquella tediosa custodia haciéndole de paso el bendito favor de llevarse a su malhumorada mujer, todo ello con el bolsillo repleto y, además, a bordo de un impresionante deportivo, para qué renunciar al paraíso.

—Si tanto la quiere, que se la lleve ya de una santa vez —musitó para sí Luciano—. Y que se joda un poco el mexicano hortera este.

Llegados a este extremo, ambos varones se colocaban en el punto equidistante de sus perjuicios, de manera que si el chihuahuense era incapaz de ver a su alrededor otra cosa que pobreza, su futuro pariente nublabla la vista con un velo que apenas le permitía ver a un zoquete indiano cuya ignorancia se compensaba con su cartera.

A pesar del paisaje de edificaciones que presencié de camino a casa de la pretendida, cuya construcción nada tenía que ver con las chabolas arrabaleras que habitaban los nativos del extrarradio de la capital nahualt, el criollo vivía convencido de que los moradores de aquel lugar rozaban la más absoluta miseria, fruto de la anquilosada idea transmitida por su abuelo, seguido de su padre, sobre la vida y sociedad de esa aldea de Galicia que el fundador de la saga mexicana viera por última vez antes de partir allende el mar mediando la segunda década del siglo pasado.

Samuel Pérez se recreaba relatando al pequeño Poncho sus recuerdos de aquella alejada tierra que lo viera nacer, en la que la mayoría de la población se constituía de campesinos humildes que en el mejor de los casos llegaban a apacentar como mayor hacienda un par de cabras y una oveja que los abasteciese de leche.

Samuel llegó a fijar en su memoria como un panorama inmutable, la vivienda con aspecto de choza que compartían su familia y el ganado, compuesta apenas de dos piezas: una con un lar avivado sobre el suelo y otra para cobijar al rebaño.

La eterna ropa raída y llena de remiendos que guardaba las vergüenzas todo día que no fuera festivo, con la respectiva muda para asistir a oficios el domingo

que, a diferencia de la de diario, incluía como artículo de lujo un calzoncillo para mostrar un aspecto aceptable allá donde se hubiera de asistir ya que, en las jornadas de lluvia, se protegían con una pelliza confeccionada con paja para mantener las joyas de la familia tan secas y abrigadas como la sesera.

Aquel viejo gallego retrató a su nieto hasta la extenuación los parajes de montes incultos en los que las gentes de su poblado compartían una vida de esfuerzo y privaciones que escasamente alcanzaban para subsistir, en un espacio prehistórico donde nunca existió luz eléctrica, agua corriente o el más mínimo lujo del que sí gozaba cualquier criado de su poderosa hacienda.

El anciano emigrante jamás quiso regresar a su país natal, ni siquiera después de transitar a hombre de posibles, quién sabe si por no sufrir de melancolía o sencillamente para convencerse de que hincar raíces en el Nuevo Mundo era arma sobrada contra la nostalgia.

El visitante había aprendido a ver Beariz por los ojos de su antecesor, teniendo incrustado en su encéfalo una estampa trasnochada y decimonónica en la que una prole de siervos desheredados vivía en condiciones medievales deplorables.

Las comunicaciones que mantenía con su prometida, más que un testimonio de modernidad, estaba convencido de que eran el residuo abstracto de alguna forma de economía de posguerra que había permitido a la familia de María adquirir de estraperlo un equipo informático en el mercado negro.

Era evidente que en Beariz no poseían grifos de oro pero qué importaba: considerando la imagen obtusa y

obsoleta que Poncho tenía del lugar, de poco servirían si carecían de un lavabo en los que instalarlos.

Para Beny, el sitio y sus habitantes se habían anclado en cierto punto de la historia que los privaba del más elemental lujo y contemporaneidad, reduciéndolos a la más cruda miseria en algún rincón perdido e irrecuperable del tiempo, lo que no obstaba para que tanto él como su familia considerasen aquella esquina del mundo como el lugar idóneo donde nutrirse de hembras de casta pura con las que perpetuar una progenie igual de incólume y castiza.

Aquella percepción limitada y tendenciosa no se basaba en que el mexicano careciera de ojos o fuera miope, lo que explicaría por qué pese a que ante su mirada se mostraba un villorrio moderno, europeo y perfectamente integrado en el siglo XXI, él apenas atisbaba semejante aldehuela de chamizos habitada por una tribu de desdichados.

Se trataba de un combinado de memoria fosilizada transferida por sus ascendientes y el gusto instintivo por sentirse más pudiente y alejado de la penuria, reconociéndose a sí mismo como un valor añadido que había trascendido de condición sin alterar el delicado equilibrio del tejido social.

Pero si bien Beariz era efectivamente el terruño de donde partieron interminables hordas de colonizadores en idénticas condiciones, destino y por las mismas fechas que el patriarca, igual de cierto era que, en el momento de la visita del nieto, sus habitantes experimentaron una evolución política y económica acorde con el resto del país, lo que se traducía en una comunidad que disfrutaba de formación, conocimientos, bienes y servicios propios

de cualquier estado occidental, vecinos que por otro lado recibían a los emigrantes retornados con una mezcla de admiración y desdén.

Beny sentía fascinación por las copiosas fortunas que de manera vanidosa demostraban haber logrado atesorar, pero con un somero aunque perceptible desaire por considerarlos menos preparados, intelectualmente inferiores o rebosantes de algún tipo de ignorancia justificada por no tener que defender sus riquezas con el cerebro sino con los puños.

Y todo ello muy a pesar de que la mayoría de los indios recibiera una esmerada preparación en la nación azteca, particularmente promovida con suma intensidad por la pléyade de eruditos españoles asentados tras el exilio forzado por la guerra civil española, juramentados en instruir e integrar a sus compatriotas en una sociedad mejicana pujante e ilustrada.

En cualquier caso, si había una cosa que lejos de todas aquellas conjeturas y arbitrariedades distraía la mente del señor Luciano, no era otra que el deseo de serpentear las calles de la villa al timón del deportivo. El techador estaba extasiado con el auto: no veía la hora de sentarse al volante y llegar al bar del pueblo a tomarse por lo menos un güisqui para impresionar al vecindario.

En mitad de sus cábalas situaba a su candidato a yerno no mucho más allá del eslabón perdido de la evolución humana. De algún modo artero se regocijaba considerando que la vida imponía su propia justicia poética, de manera que si por un lado el destino le brindó a Poncho un cuantioso patrimonio, en su infinita sabiduría, Dios había compensado al resto de la humanidad limitando el entendimiento del juareense.

El carpintero no albergaba la menor incertidumbre de que si bien el pretendiente se rodeaba de una tropa de sirvientes, no menos cierta sería la enorme dependencia que de ellos tendría debido a su retraso intelectual. O esa era la percepción que el responsable de tejar a todo el burgo compartía con sus vecinos en lo relativo a todo retornado sudamericano, ya hubiese hecho las américas o se repatriara fracasado.

Pero si había una cosa que tenía clara por encima de todo lo demás era que debía alabar al Altísimo por la oportunidad que le brindaba, sin olvidar aquel magnífico coche que satisfacía todos los anhelos automovilísticos del más indiferente.

—Oye, Poncho, ¿qué te parece si tú y María esperáis aquí la llegada de tus padres? —propuso el padre de la agasajada sin poder ocultar su impaciencia por el vehículo—. Así podréis conocerlos mejor en persona, de tú a tú. Para no estorbaros, yo me acercaré mientras tanto al bar. Supongo que no te importará que lleve el auto para probar qué tal va.

—Pues bueno, seguro que tenemos mucho de qué platicar —contestó entre dientes el aludido disimulando su desconcierto y sin llegar a verbalizar las palabras que pasaron por su mente—. ¡Menudo pinche de suegro que me ha tocado, pos no me deja aquí solo con su hija el muy hijo de la chingada!

Pero el americano estaba dispuesto a transigir: ni contrariaría a sus papás que habían elegido a la joven como su futura esposa, ni pondría en peligro la perpetuidad de la pureza racial simplemente porque aquel zoquete se le antojase el pendejo más pendejo de todos los pendejos que conociera en su vida. Más

humillante sería arriesgarse en matrimonio con una mexicana que vaya usted a saber de qué indio podía ser descendiente. Exhortar aquel peligro bien merecía eso o cualquier otro sacrificio, tal como establecía la costumbre.

En ausencia de su padre, María se esforzó en acaramelarse cuanto le era posible con su enamorado. No es que fuera excepcionalmente tonta, ni por descontado extraordinariamente inteligente, pero tenía claro que no defraudaría a su progenitor ante aquella ocasión en la que la fortuna llamaba a su puerta.

Poncho llegó a sentirse acorralado frente a tantas atenciones, recelando incluso que su futuro padre político no era tan pendejo como sospechara en un principio, sino por el contrario listo de más.

María se le arrimó tanto como pudo haciéndole cuantos arrumacos le permitiese para, llena de aparente inocencia, rozar con sus labios los de su futuro prometido. Cuando el mexicano quiso reaccionar, la moza le había metido la lengua hasta la garganta llegando al extremo de que el postulante a consorte se sintió ahogar.

El sonido del motor de un coche que estacionaba ante la vivienda hizo que la cortejada cesase el asedio. Asomándose a la ventana del salón, para Poncho fue un respiro comprobar que sus padres llegaban en el momento justo en que el anfitrión regresaba de su correría a bordo del recién estrenado deportivo.

El carpintero invitó a entrar a quienes serían sus consuegros para tomar un refrigerio aprovechando para, de un plumazo, hacer la presentación y de paso la ceremonia de pedida.

Ya en el salón del domicilio, el padre del aspirante sacó del bolsillo un voluminoso estuche que contenía una aparatosa pulsera cuajada de estridentes topacios. María no había visto en su vida piedra preciosa que alcanzara un tamaño más allá del de una lenteja y, camelada con aquellos reflejos, se creyó poseedora del más suntuoso brazalete de diamantes que jamás se hubiera engarzado.

La cosa a todas luces prometía por momentos, la galanteada cayó rendida a los requerimientos del papá de Beny, con el más absoluto beneplácito del suyo.

Ante la visión de la monumental joya, Luciano fantaseaba con la posibilidad de darse unas buenas friegas acompañado de atractivas nativas en alguno de los establecimientos que regentaba la familia del galán.

Por un instante consideró oportuno agarrar del brazo a su compadre poco menos que llevándolo a empujones hasta la cocina para, amparándose en la discreción que le proporcionaba aquella estancia alejada de los oídos de su esposa, solicitarle sin pudor que lo invitara a disfrutar en compañía de la que con toda seguridad el propio hostelero degustaba en sus muchos locales de alterne.

Aún pronunciaba la última palabra cuando su inminente pariente lo recriminó tajante con la indignación escrita en los ojos.

—¡Nada de eso! —se apresuró a corregir el magnate—. Las casas de baños no son prostíbulos: son establecimientos donde se ofrece higiene y la posibilidad de que las familias más humildes dispongan de unas instalaciones adecuadas para asearse, desde el momento en que sus moradas carecen de este tipo de servicios.

Al potentado le ofendía la más ligera insinuación de que sus actividades estuvieran manchadas por la más mínima sombra de duda. El empresario era un católico devoto como dictaba la más rancia solera y huía sin vacilación de aquellas labores relacionadas con la hostelería que no fueran escrupulosamente aprobadas por la Santa Iglesia.

El capitalista hacía aspavientos proclamando que su negocio se limitaba sólo a balnearios y respetables instalaciones hospederas, pero nada lupanares, ni tan siquiera discretos moteles que enmascarasen ocupaciones más discutibles o turbias. A lo sumo cantinas que, pese a lucrarse vendiendo a los indígenas bebidas hasta la borrachera absoluta, salvaban su cuestionable proceder por el bienaventurado acto de dar de beber al sediento.

Enfatizando su intachable honorabilidad y sin dejar resquicio a la mínima suspicacia, los ahora próximos consuegros se enzarzaron en un diálogo en el que el papá del prometido llevaba la voz cantante imponiendo sus criterios con relación a la forma en que se llevaría a cabo tan solemne ceremonia y, obviando el motivo de tanta discreción, fue en esta ocasión Benito el que se lo llevó a trompicones de vuelta al salón, donde sendas mujeres se miraban en silencio saboreando galletitas e íntimas satisfacciones, la una por verse elevada en su categoría mientras la otra por sentirse asegurada en su progenie.

El padre del prometido organizaba a voluntad soslayando cualquier opinión de su interlocutor, dejando entrever que el interés hacia su futura familia política se ceñía a la que sería artífice de perpetuar su apellido y mostrando no tener afán mayor de profundizar en los lazos que tras el casorio pudieran unirlos, considerando

tanto la distancia geográfica como la económica y social que los separaban, por lo que una vez rematado aquel negocio, no deberían esperar excesivo trato ni atención por parte de ellos.

El potentado sostenía sin discusión que el desposorio se celebraría por todo lo alto sin reparar en gastos: se trataba del enlace de su único sucesor y semejante acontecimiento merecía tirar la casa por la ventana. Además, el chaval era nada menos que un señor ingeniero, como prescribía el uso.

—Discúlpeme —intervino inocente el lugareño interesándose por la preparación del prometido—. ¿Qué rama de ingeniería? Quiero decir, ¿ingeniero de qué?

—¡Cómo que de qué! —Bufó airado el magnate en cuya memez era incapaz de concebir que ser perito fuera ir algo más allá de poseer un título—. ¡Pues ingeniero de ingeniería de la universidad, por supuesto!

A partir de ese segundo incómodo desliz, y para evitar cualquier ulterior ofensa, el carpintero permaneció embobado con tanto derroche y encajaba en mitad de la conversación alguna afirmación que el padre de Poncho daba por supuesta, demostrando que en el fondo le importaba un pimiento la opinión de su anfitrión.

Bajaba el contenido de la botella de aguardiente mientras el padre de Beny calentaba cada vez más la conversación y la cabeza de su compadre con un despilfarro que no le cabía en el cerebro.

La mamá del novio, por el contrario, se mostraba reservada, no opinaba: su marido hacía, deshacía, decía y decidía sin que a ella se le ocurriera objetar ni un ápice. Su pasividad era la más fehaciente muestra de lo que el

genuino arraigo esperaba de una esposa de buena cuna: silencio y sumisión.

La buena mujer mordisqueaba diminutos bocados de una galleta de canela que su futura nuera había servido sobre una escandalosa bandeja de porcelana barata de bazar chino, pese a que en el fondo de su alma se consumía por no poder decir palabra.

En ese trance se encontraban cuando al fin llegó el último elemento de la discordia: la madre de María abría la puerta de casa bufando tras una agotadora jornada en la caja del supermercado, después de aguantar los improperios de cien mil clientes descontentos con la oferta del día, el precio de los productos y el cabreo de la mitad de los que aguardaban con la cola detenida por un vejistorio con complejo de marquesa de la pata ancha, que tras plantar la cesta en la línea de cobro se fue con paso parsimonioso a cambiar la lechuga en la frutería por no parecerle lo suficientemente verde, al tiempo que la indignación crecía entre las prisas de quienes aguardaban para pagar y marcharse.

Genara también estaba hasta la puñeta de la existencia que le había tocado vivir en el supermercado de modo que, al franquear la puerta y encontrarse con los que, estaba claro, serían sus futuros parientes, sintió en su interior una estridente felicidad bañada en oro de veinticuatro quilates y, abalanzándose sobre ellos, se regaló en besos, abrazos y bienvenidas.

—Llegas justo a tiempo —agradeció el padre de la novia—. Precisamente estábamos hablando del banquete de bodas de los niños.

A Genara no se le ocurrió replicar en nada. A veces, cuando estaba a punto de abrir la boca para dar su

parecer, el marido se apuraba en darle un discreto codazo en las costillas o un suave pisotón en el pie para asentir a su interlocutor con una sonrisa que apretaba un maxilar contra otro crispando los dientes.

Todo lo que los papás del prometido quisieran, sin rechistar, pensaba el señor Luciano. A fin de cuentas, eran ellos quienes sufragarían aquel delirante capricho de ceremonia y, de paso, los que le llenarían las arcas.

La voz de don Benito atronaba en medio del perceptible chasquido de las papilas gustativas del carpintero puliendo hasta el brillo deslumbrante los folículos pilosos de las nalgas de su compadre.

Y mientras se sucedía aquel monólogo atropellado de fantasías descomunales propuestas sin escatimar en gastos por el padre de Beny, y que incluía mariachi bajo el balcón de la novia en su casa de la aldea, orquesta de cámara en la ceremonia religiosa y luna de miel alrededor del mundo civilizado, fue transcurriendo la tarde hasta hacerse hora prudente para retirarse cada mochuelo a su olivo, dando por cerradas todas las negociaciones del inminente enlace marital.

Cumplido el ceremonial de petición, Poncho al fin vio vía libre para excusarse ante sus papás, los de su novia, su recién estrenada prometida y hasta la mascota. Con motivo de celebrar tan feliz acontecimiento, iba a acercarse a la villa más próxima y lo suficientemente habitada como para ofrecer servicios de sobra y correrse la juerga padre con sus conocidos y cuanto extraño se quisiera apuntar.

Media hora de trayecto a velocidad de crucero lo puso en la más pujante villa de la provincia. La cabecera de comarca se constituía por un censo de unas trece mil almas, cantidad respetable considerando que el terruño de sus ancestros apenas contaba con unos cien moradores dispersos.

Aparte de concentrar el mayor volumen de comercio y ocio, a Carballiño le correspondía el dudoso honor de ser la población con más bares por habitante de toda España, un aliciente que lo estimuló a instalarse en un piso amueblado de los que en aquella población tenía en propiedad alguno de sus allegados.

Fue así como el juarense se enredó en Carballiño, entre copa y copa, rodeado de comentarios jocosos y varios imbéciles que le reían las gracias porque aflojaba la mosca para invitarlos sin usura, para acabar en medio de la vacía pista de baile de una discoteca cuyo pinchadiscos sólo conocía el mambo.

Carmen se rió desde su asiento mirando a aquel energúmeno dando tumbos. Debía ser lo suficientemente estúpido o estar lo bastante beodo para no importarle lo más mínimo pintar el ridículo como lo estaba haciendo.

Llegado el momento en que el mejicano se sintió observado, enfocó su vista hacia el lugar de las miradas para dar de lleno con los ojos de Carmen.

Carmen era hermosa, una chavala exuberante. Para ser exactos, aquella joven era lo que a Poncho le habría gustado que fuera su prometida.

Carmen, o Carmela como la llamaban los suyos cariñosamente, era una mujer segura de sí misma hasta el feminismo más radical, incluyendo la liberación sexual más pura y dura.

De perfecta y homogénea piel blanca, apenas se retocaba con un rímel para resaltar aún más el enorme tamaño de sus inmensos y oceánicos luceros azul Atlántico. La delicadeza de sus rasgos se completaba con una nariz discreta sobre unos carnosos labios, todo ello en un rostro coronado por una densa y larga cabellera en la que el cobre se solapaba con el trigoño.

Y tenía un cuerpo de escándalo que hubiese sacado el hipócrisis al octogenario más habituado a ver las lozanas y perfectas curvas del Playboy desde el primer ejemplar hasta el último.

Carmen era una hechizante diosa cautivadora que había hundido en la murria a más de un aspirante, y en la más desgarradora desesperación a muchas aventuras de una noche que apostaban por volver a catar lo que, por su naturaleza libertaria, estaba vedado para una segunda ocasión. Carmela se sentía con toda la seguridad para acostarse con mil hombres distintos si lo deseaba, pero sin repetir nunca a ninguno.

Observando los bandazos que daba Poncho, a la muchacha le resultó divertida, incluso atractiva, su desfachatez. Y eso era lo que le apetecía aquella noche: algo atrevido que la llenase de satisfacción hasta el rincón más profundo y hedonista de sus entrañas.

Al homenajearlo, que tenía los sentidos revueltos y algún otro más inhibido y exaltado que de costumbre, no le costó demasiado percibir el intenso perfume a hormonas que desprendía aquella seductora hembra.

Desde los focos cegadores del recinto de baile, el mejicano intuyó el interés que estaba despertando en la espectadora y, sin dudarlo, arropada su seguridad en sí mismo por la larga lista de ceros que adornaba la cuenta bancaria de su papá, se dirigió con aquella sonrisa alcoholizada y estúpida hacia donde la hermosa fémina reía burlona con otras amigas, entre comentarios llenos de guasa, obviando al escarnecido indiano.

—¿Me permiten convidarlas, no más, a lo que ustedes gusten? —propuso Beny mamado hasta la médula—. ¡Ya estoy harto de estar solo y de puro tomar!

El calamocano parecía Juan predicando en el desierto: las muchachas ni siquiera movieron un músculo para prestar atención a aquel charro acostumbrado a ser servido a la orden de ya.

El ricachón se impacientaba esperando respuesta al mismo tiempo que pretendía mantener una vertical imposible que iba entre la línea inclinada y el vaivén.

A punto estaba de perder el equilibrio practicando en público la horizontal cuando Carmela, agarrándolo con toda la fuerza que pudo por la camisa, dio un tirón de él hacia sí evitando que se fuera de bruces al suelo.

—¡No deberías darle tanta estopa al cuerpo si no sabes mear! —le susurró retadora—. ¿O es que no sabes que cuando el vino revuelve el estómago el cerebro se menea en el jarro?

Por un momento el mexica se sintió desconcertado tratando de mantener el tipo que se le escabullía por el mismo sitio que el equilibrio. Entre sus costumbres y sus tradiciones nunca había encajado que una mujer osase recriminar a un varón por dedicarse a tomar: un hombre podía beber lo que quisiera, chingar lo que le apeteciera

y, en definitiva, hacer lo que le diera la chingada gana sin tener por qué darle cuentas a ninguna hembra.

Pero claro, en un minuto de nebulosa lucidez, el millonario recordó que estaba en España y que en aquel país todo era diferente: las mujeres se casaban para luego separarse sin tener que pedirle permiso al marido, salían a la terraza del café sin necesidad de contar con el consentimiento de nadie, haciendo en definitiva lo que les salía del forro.

Y en cuanto a lo de divorciarse, eran mucho peores que las aztecas porque después se dedicaban a ejercer de “ex”, condición que se convertía en una carga mucho más pesada que el simple hecho de aguantar a la parienta, por muy cargante que se pusiera.

Y para colmo en España, quizá también en todo el mundo pero sobre todo en España, un hombre podía repudiar a quien quisiera: a su mujer para tener ex esposa, a su gato y tener ex gato o a su coche y tener ex coche; a todo excepto a la suegra, que por muchas rupturas que un desgraciado acumulase nunca llegaría a tener ex suegra sino un rosario de madres políticas tan abundantes como matrimonios hubiera contraído. Y si madre sólo hay una... ¡vaya merienda de caníbales!

El mesoamericano oscilaba entre sus convicciones relativas a la más castiza percepción del macromundo del hombre y el micromundo femenino, mientras en su bragueta se desencadenaba un terremoto. Carmen era atractiva a ojos vista y, a poco que la observara, se intuía en ella a una flexible contorsionista capaz de llegar a los más inalcanzables paraísos, recodos y ritmos del placer.

Y como a esas alturas el criollo pensaba más con la entepierna que con la masa que debería tener entre las

orejas, se lanzó a pecho descubierto dispuesto a meter toda la carne en el asador, nunca mejor dicho lo de la carne aunque si no en el asador, al menos sí en la cálida caverna genésica de Carmen.

Para ella los escuetos pensamientos que pasaban por el cerebro simple del ajumado eran obvios. De hecho, la miraba fijamente, o al menos lo intentaba, con la boca abierta, la lengua fuera como un perrito faldero y alguna gota de baba asomando en la comisura de sus labios.

La joven se preguntó por qué no, a fin de cuentas el mozo lucía fornido y no tenía ningún inconveniente en darse un homenaje. Lo único que la hacía vacilar era el lamentable estado que presentaba el tenorio ya que, por muy dotado y gallardo que aparentara, tanto alcohol repercutía en proporción directamente opuesta a la capacidad de mantener el pabellón lo suficientemente alto como para no hacer un papelón.

Y lo cierto es que ella no tenía la más mínima gana de pasarse media hora de toqueteo calentándole el motor fallido a aquel energúmeno.

La verdad es que, por grande que fuera la villa, Carmela ya había catado una buena tanda de sus badajos. Los suficientes como para que una parte del censo masculino quedara descartado por no repetir partida y para que la otra mitad la rehuyera por una errónea idea de ser demasiado relajada o por tener miedo a que fuera ella quien, siempre y sin reparos, tomaba la iniciativa.

Carmen era hija de una maestra medio amargada y un mecánico que un buen día decidió que era asmático para, desde aquel preciso instante, resolver que estaba demasiado enfermo para volver a trabajar, dedicando a

partir de ahí su jornada laboral a hacer vida social en el bar de la esquina al calor de un vaso de vino.

No es que el padre fuera un borracho ya que, o bien por la escasez de recursos o porque era tacaño hasta las cejas, nunca consumía más de una copa de mosto por la mañana y otra por la tarde. No, aquel hombre no era ningún alcohólico, sino un vago. Desde su sagacidad perezosa mantenía incongruentes conversaciones sobre el estado de las cosas con el incauto que tuviera la desgracia de estar en mal momento apoyado en la barra del bar.

Leía y releía la prensa diaria sacándole punta a cada noticia por intrascendente que fuera o se dedicaba a mirar las musarañas en el techo del establecimiento. Cualquier cosa con tal de no trabajar ni aparecer por casa en un momento inoportuno en el que su consorte o su hija pudieran estar en el domicilio para censurarle su holgazanería, que él muy dignamente siempre escudaba tras el ahogo que le suponía hacer esfuerzos, consecuencia de su terrible afección pulmonar.

—¡Pues vete al médico y que te dé un remedio! —le reproban esposa e hija—. ¡Más enfermos habrá de lo mismo que no mueren por eso!

—Lo que vosotras queréis es que me envenenen con alguna de esas medicinas que son malas para todo. Seguro que queréis enterrarme y poder dedicaros a vivir de mi pensión —se defendía el gandul.

—¿Pero qué pensión dices, rufián? —protestaban las ofendidas—. ¡Si la última vez que trajiste un sueldo a casa fue cuando Alfonso X hizo la primera comunión!

Carmen se sentía frustrada con el ejemplar de padre que le había tocado en suerte, por lo que un día decidió revelarse contra todo: se inscribió en una

asociación de mujeres progresistas donde aprendió con pelos y señales todos los postulados del feminismo más radical que le permitieran no sentir lástima por su progenitor sino el mayor desprecio, que de paso podía hacer extensible a todo sujeto que llevara un colgajo entre las piernas.

Pasado este trance se afilió a un sindicato anarquista para enfatizar su desacuerdo con el mundo entero y parte del extranjero y, por el mismo precio, odiar a cada ser humano con un ascendiente mínimamente trabajador que lo convirtiera en un niño mimado criado con cucharilla de plata, susceptible por lo tanto de todo tipo de arremetidas.

A la anarquista le importaba un bledo la ideología, incluso el ideario sindical le olía a régimen piramidal hasta el extremo de considerar absurda la pretensión de conciliar tal postulado con la más genuina filosofía ácrata, llegando a la conclusión de que aquel circo no era otra cosa que puro canibalismo político.

En definitiva, a aquella mujer no le interesaba para nada la doctrina social: su anarcosindicalismo apenas pretendía dar justificación a su personal apreciación y aprovechamiento del género masculino, nada más. Entre sus inquietudes no se incluía emplearse en tipo alguno de proselitismo en lo que a la vida corporativa se refiriera, ni mucho menos convencer a otras féminas para explotar un uso análogo de los hijos de Adán. Cuantas menos descarriadas hambrientas mejor: demasiadas libertarias reducirían su territorio de caza.

Por lo tanto, dejando al margen que no sentía por ahora atracción física alguna por las mujeres, los hombres

no eran más que un objeto de usar y tirar, prescindibles en el planeta y, por descontado, de un solo uso.

Aquello le hizo reafirmar su imagen renunciando a cualquier tipo de perfume o colonia, sustituyéndolos por el higiénico jabón, que anarquía no significaba suciedad, y vistiendo con un aspecto informal que no iba más allá de pantalones tejanos, suéter liso y bambas. Y si el frío o la lluvia arreciaban, una gabardina eternamente arrugada que recordaba a la del teniente Colombo.

Así fue como, desde aquel momento bendito de revolución y revelación, la feminista había renacido a una nueva experiencia vital que le permitía ordeñar y gozar a cualquier cabrón que se le pusiera por delante. Romperle el corazón, las tripas y los cojones, todo ello después de haberlo disfrutado y sin ningún remordimiento.

Los vapores etílicos de Poncho chocaban contra el deseo de poseer a la progresista. Su anhelo borracho ignoraba por completo que aquella cautivadora mujer a la que observaba embobado había hecho añicos la seguridad de muchos aspirantes, convirtiendo la hombría de estos en fragmentos de un espejo que apenas dejaban intuir un antes y un después de Carmen.

Beny seguía en estado cataléptico en medio de la pista de baile, con los ojos vacíos y la mirada perdida en la irritante pandilla de féminas. Harto de no obtener respuesta, dio media vuelta con evidente signo de enfado.

—¡Mira las chingadas! —exclamó encolerizado el mexicano encaminándose a la salida—. ¡Seguro que no le darían chance ni al más chingado de este mundo!

—¿Eso crees? —preguntó Carmela con una sonrisa siniestra y desafiante—. ¿Y tú? ¿Serías capaz de satisfacer a una hembra?

Entre risitas maliciosas, la camarilla de brujas clavaba su mirada sobre el criollo malhumorado, conscientes de la fama que precedía a su compañera. La más inocente pensaba que con aquel adefesio amonado no tendría ni para empezar.

Pero no era el corrillo de diablasas el único que en ese instante seguía el desarrollo de los acontecimientos: del grupo que acompañaba a Poncho, la mitad habían terminado dipsomaníacos, otra cuarta parte alternaban el exterior con la estancia en un establecimiento psiquiátrico y el resto tenían el miedo metido en el cuerpo. Y todo por culpa de aquella arpía de sonrisa cínica y fatal que ahora provocaba al indiano.

Uno de aquellos desdichados se adelantó, por pura solidaridad, para sacar del berenjenal al inocente juarense antes de que fuera demasiado tarde, y tirando de la manga de su chaqueta lo invitó a irse a otro lugar donde el ambiente fuera más seguro para seguir tomando copas.

—¡No mames, güey! —protestó sin poder apartar la vista del escultural guayabo—. Deja de jalarme el saco. ¿Qué no ves que la linda muchachita me está retando?

Incluso para el azteca había algo confuso en el gesto de la fémina que hacía dudar entre la invitación y el desafío. ¡Pero qué importancia podría tener si la flamenca estaba dispuesta a todo!

Ante el cariz que tomaban las cosas, conscientes de que Beny era ya presa de aquella mantis religiosa, decidieron dar a su compañero por perdido alejándose para no tener que ser testigos de su decadencia.

Las amigas aún permanecieron un rato más en compañía de Carmen, hasta que una de ellas sugirió a las

otras la conveniencia de dejar a la pareja a solas para que pudieran entenderse.

No fue excesiva la distancia que tomaron: apenas tres mesas más abajo. Como espectadoras tras la barrera, las compañeras de la cortejada se enzarzaron en una porra por ver cuánto sería capaz de resistir aquel donjuán antes de hundirse en el tenebroso abismo del amor y el desamor de Carmela.

El casanova se encontró cómodo, tan libre de la presión de las acompañantes de la joven como de la indiscreción de sus camaradas, y al fin reunió el coraje suficiente para iniciar un accidentado cortejo en el que, sin que el indiano se percatase, el profuso diccionario del alcohol fue dando lugar al lenguaje del alma.

La anarquista se sintió en algún momento seducida, incluso por su cabeza llegó a pasar la fugaz imagen del juarense cantándole a la luz de la luna vestido de charro, aunque pronto se repuso de la peligrosa idea de llegar a engendrar cualquier sentimiento por aquella muestra de proceso fallido de la evolución humana que constituía el género masculino en general.

El conquistador se esforzaba por ser íntimo, amable y dulce, cuando sintió que la engatusada le atrapaba con la mano la entrepierna. Al indiano se le cortó el aliento por la impresión de la maniobra no esperada, aún menos en público, y se quedó sin saber muy bien cómo debía reaccionar, ya fuera porque estaba en España o por algo tan simple como que nunca en su vida había dado con una mujer que llevara la batuta.

En medio del estupor del criollo, aprovechaba Carmela para tomar medidas de su dotación calculando

una ecuación mental por la que el tamaño del pene era inversamente proporcional a la estatura de su propietario.

Para cuando el petimetre quiso reaccionar, sus calzoncillos ya estaban regados de trescientos millones de la semilla frustrada de prometedores Montero de la Casa Grande, acontecimiento simultáneo a que el miembro se le desinflaba sin remedio.

La feminista lo invitó entonces a ir a su casa para pasar el resto de la noche. Beny se mostró en principio remiso: no podía presentarse en casa de Carmela y bajarse los pantalones dejando a la vista semejante lamparón en la ropa interior. Pensó que si era capaz de entretenerla demorándose todo lo posible, y si la fortuna le acompañaba, para cuando al fin tuviera que sacarse los paños menores, la mancha habría secado y sería prácticamente imperceptible.

Beny retrasó el deseado encuentro hasta el punto de hacer perder la paciencia a la piropeada que ya comenzaba a hilvanar sospechas sobre la identidad sexual del mexicano.

—Oye, ¿tú no serás maricón, verdad? —le espetó Carmen cerca del aburrimiento—. No sería la primera vez que doy con un gallito que termina siendo una coneja.

—¡Ni modo! —se apresuró a atajar ofendido el chihuahuense—. Sencillamente, quería agasajarte antes de darte un homenaje.

En silencio, abrazando a aquella gacela de mármol por la cintura y dejándose llevar por ella, el cazador terminó en su casa después de que ella lo paseara maliciosamente por todo el pueblo.

Los que se cruzaban con la devora hombres sabían que aquel pobre desgraciado era su próximo trofeo y se

lamentaban por la inocencia del borrego infeliz que ignoraba que Carmela no tenía un coño: lo que tenía en la entrepierna era un cepo lobero capaz de captar al más dotado de los bizarros varones que pisaran suelo patrio.

Cuando al fin ambos amantes estuvieron en la intimidad de su cuarto, la progre se desnudó con la misma habilidad que una *stripper*, dándose prisa en despojar de la ropa al mexicano que, para aquel entonces, tenía el miembro más flácido que un churro de tres días empapado en chocolate.

Consciente del efecto intimidatorio que en muchas ocasiones causaba en los hombres, la barragana tiró de Poncho hasta que los dos quedaron sentados sobre el suelo para, con inusual suavidad, comenzar a acariciar con el dedo el pene en busca de respuesta.

Carmen deslizaba sus sedosos labios por los del mexicano, mientras con la otra mano apretaba su muslo, y rozó con su lengua los pezones del indiano, quien por momentos parecía recuperar el verdor del sistema hidráulico que empujaba ya su miembro, cuando la maniobra de izado se vio inesperadamente interrumpida por el sonido de la descarga de la cisterna del váter.

El amante, confundido y alertado ante la presencia de una tercera persona en el apartamento, se apresuró a preguntarle de dónde venía ese ruido.

—Ah, no te preocupes —explicó la joven restando importancia al suceso—. Es mi padre que está en la habitación de al lado.

¿Su padre? ¿El papá de ella estaba en el dormitorio contiguo y él estaba beneficiándose a su hija? ¿No podía ser! ¡Aquella mujer estaba loca! Y vete a saber si el padre también y en plena faena entraba en la estancia a

encañarlo con una escopeta de postas, o quién sabe si en el cajón de su mesilla tenía un libro de reclamaciones de la marca Smith & Swenson, Astramatic o el de Samuel Colt, que para todos los efectos le valía lo mismo.

Tragando saliva Poncho valoró que, si se tratara de su hija, nadie salvaría al muy cabrón que se atreviera a chingarla, y menos en su propia casa, de morir baleado ahí mismito como dictaban las más elementales reglas.

La laborista no permitió a Beny le embargara la más mínima vacilación: había conseguido que la verga se le pusiera de pie y tenía todo el derecho a disfrutarla. Se dejó caer de espaldas sobre el suelo mientras tiraba del amante sobre sí, tanteando con la mano para dar con el falo e introducirlo victorioso en sus hambrientas entrañas.

El lechuguino intentaba salvar la situación y el honor de un pabellón que ya lucía de cualquier manera menos alto. A medida que ella palpaba, la erección lo abandonaba irreversiblemente, tan nublada por la demanda ansiosa de la casquivana como por la presencia cercana del progenitor.

—¡Maldita ninfómana! —pensó el mejicano tratando de resistir por todos los medios—. ¡A esta me la chingo yo así me rompa las pelotas!

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, procurando concentrarse en la mujer y abstraerse de la presencia de su ascendiente, comenzó a restregarse contra ella buscando algo parecido a una erección y la consecuente penetración.

Pero a medida que se movía rítmico, sus rodillas rozaban contra la endemoniada moqueta que tapizaba el suelo, despellejándose las, lo que lo descentraba aún más.

Carmela, que no veía indicio de vida en aquel flojo y enervado trozo de carne que, sospechaba, sólo servía para orinar, decidió darle un respiro.

—Mira, Ponchito —lo tranquilizó la manceba—, si es por el riesgo de embarazo no te preocupes: siempre tomo precauciones —e introduciendo la mano en su vagina, extrajo un deformado preservativo femenino.

Beny miraba asqueado aquel trozo de látex. Era demasiado: el papá, la hija que se lo hacía con todos, ese asqueroso condón viscoso de proporciones desmesuradas que ella se acomodaba y desencajaba con total alegría...

España era arriesgada, las españolas aventuradas, sus padres eran potencialmente más peligrosos aún y el caucho, que en más de una ocasión buenas alegrías le procurara, le parecía ahora más repugnante que nunca.

El mejicano estaba borracho como una cuba, tan confundido como agotado y, en ese mar de zozobra con Carmen meneándole ya frenéticamente el instrumento para cobrarse el precio de su consuelo, sin tener del todo claro si desfallecía o se desmayaba, se quedó dormido.